

— Quiero que hagas lo que habias proyectado hacer : quiero que, segun lo tenias resuelto, explanes tu acusacion contra mí y contra Bebrix.

— ¡Eso quieres !..... exclamó Ruscín estupefacto y creyendo siempre descubrir un lazo y una asechanza en los consejos que recibia.

— ¿ Supones acaso que no pueda defenderme ? le observó Elomare con digno ademán y noble orgullo.

Ruscín permaneció en silencio, porque comprendió que en cuanto á aquel extremo se habia dicho ya la última palabra ; pero luégo bajando la vista y demostrando su turbacion , balbuceó :

— Bien ; pero y yo, ¿ cómo he de defenderme ?

— Suponia , contestó Elomare, que un talento tan previsor como el tuyo no debiera experimentar semejante embarazo, y que tu penetracion te habia hecho ya comprender fácilmente que, de los dos jefes que habian venido con Bebrix del pais de los Tectósagos, no serías tú aquel á quien era forzoso sacrificar.

— En efecto, Saron.....

Ruscín quedó un momento pensativo, y cuando alzó la vista ya Elomare habia desaparecido. La sacerdotisa habia indicado suficientemente á Ruscín el único medio

de salvacion que á éste le quedaba ; pero no quiso escuchar de los labios del anciano que habia sido comprendida. Solamente entre los perversos y desalmados se discute y explica con naturalidad y detenimiento el crimen ó la traicion ; pero los que, como Elomare en aquella ocasion, practican el mal por necesidad y con un fin que santifica á sus ojos la crueldad de los medios, guardan siempre esa especie de pudor que oculta á las malas acciones su odiosidad.

## VI.

Los detalles de la nueva Asamblea que se celebró al dia siguiente no merecen los honores de un prolijo relato. Bastará sólo decir los medios de que se sirvió Bebrix para rechazar la terrible acusacion que contra él habia lanzado Ruscín : confesó que, en efecto, habia salido pobre de su comarca, poseyendo solamente una escasa cantidad de dinero que habia tomado á préstamo con la garantia de pagarla en la otra vida, si no le era posible solventar la deuda ántes de su muerte ; pero que los donativos del rey Ambigat le habian enriquecido. Ambigat declaró ser cierto lo declarado por Bebrix, añadiendo que al prodigar sus dones á un guerrero tan jus-



tamente merecedor de ellos, no habia hecho otra cosa sino rendir justicia al jefe que habia conducido á la Asamblea un número tan crecido de soldados, que le seguian con entusiasmo únicamente seducidos por la altísima reputacion de su extraordinario valor. Como Bebrix se habia conquistado las simpatías generales, no procuró nadie analizar si eran las riquezas las que le habian proporcionado su ejército, ó si el ejército le proporcionaba las riquezas. El orijen de ellas, por otra parte, justificaba su empleo, y tambien demostraba la justiciera conducta de Ambigat, puesto que, siendo en su mayor parte producto de los homenajes hechos al rey por los príncipes que no habian querido tomar una participacion activa y personal en la guerra, parecia equitativo que los tímidos apegados á las comodidades de su ociosidad, pagasen á los valientes las privaciones que iban á sufrir y los riesgos de los combates que marchaban á arrostrar.

Quedaba únicamente por explicar, con motivo de dicha acusacion, la ausencia de Vintex. El rumor de su desaparicion y de su muerte se habia propalado lo bastante para que la tranquilidad de Elomare llamase, por lo ménos, la atencion, ya que no despertase vivas sospechas de su culpa-

bilidad; pero la presencia de Vintex, que apareció en la Asamblea al lado de su esposa, desvaneci6 toda clase de dudas en el pueblo; si bien, por otro lado, despert6 las de los druidas, los cuales, aunque comprendian que la ausencia del esposo de Elomare fuese una cosa convenida, no podian adivinar cuál hubiese sido el móvil ni la intencion de ella.

Por último, Ruscín demostró á Elomare que la habia comprendido perfectamente. Cuando fue interrogado sobre la atrevida delacion que habia hecho contra los druidas, se confesó reo y culpable de haber dudado de la santidad de las ceremonias religiosas; pero disculpó su falta declarando y protestando que en su corazon no hubieran nacido jamas aquellas dudas, si alguien no se las hubiera sugerido, y sobre todo, si ese alguien no hubiera sido una persona cuyo testimonio debiera ser del mayor crédito, puesto que pretendia hacer creer que habia tomado parte en la superchería y en el amaño de los druidas. Estrechado el anciano para que delatase al culpable, opuso largo rato una fingida resistencia, hasta que al cabo, simulando una extremada desesperacion, dejó escapar el nombre de Saron. Ent6nces pudo observar Ruscín que la falsedad que le habia sido indicada por Elomare estaba hábil-



mente preparada; por que en aquel momento vió que Atax derramó miradas de inteligencias entre los sacerdotes que le rodeaban, significándoles que él mismo habia dudado ya de aquel jóven. Ruscín consideró que esta declaracion sería suficiente, y lo fué en efecto para salvar su vida; pero no lo bastante para que no se le impusiese algun castigo; el cual le fue severamente aplicado, sentenciándosele á perder el rango y la categoría de jefe, y á que tanto él como los pocos soldados que le habian permanecido fieles marchasen á la guerra á las órdenes de Bebrix é incorporados al ejército de éste. No hay para que decir que Ruscín se conceptuó muy venturoso con salir á ese precio de la falsa posicion que él mismo se habia creado.

Cuando concluyeron de ventilarse todos esos asuntos, se deliberó para escojer y señalar el dia en que habian de ponerse en marcha los ejércitos. Fijóse la partida para de allí á tres dias, que era el del novilunio, y por consiguiente el más solemne y el de mejores auspicios segun la creencia y las costumbres de los celtas: en seguida se disolvió la Asamblea.

La tarde de aquel mismo dia, despues de haber terminado la Asamblea, vióse salir del campamento de Bebrix, en correcta formacion, un número considerable de

carros cargados de armas y de riquezas, marchando Astrucion á la cabeza de todos ellos, en compañía de otros muchos bardos que se habian adherido al ejército y á la fortuna de aquel jóven guerrero. El cortejo se trasladó en esa forma al campamento de Ruscín, en cuyos límites fué detenido por las avanzadas y centinelas que allí se encontraban, manifestándoles Astrucion que iba en nombre y representacion de Bebrix, para ofrecer á Ruscín la dote de su hija Valla, que aquél deseaba obtener por esposa. Al mismo tiempo y en igual forma, otro convoy ménos rico y no tan numeroso habia partido del campo de Ruscín con direccion al de Bebrix, llevando á éste último todas las armas y riquezas que habia ganado al padre de Valla.

En esto hay que notar aquí que el sistema de compensaciones, hoy tan fácil y sencillo en la consumacion de los contratos, no ha llegado á nosotros sino muy paulatinamente. Se observa comunmente que en las transacciones de los pasados tiempos, de cualquier clase que fueran, cada cual pagaba lo que debia ó tomaba lo que le correspondia, sin practicar ninguna especie de conmutaciones; llamando la atencion muy particularmente esta costumbre en las traslaciones de dominio de los fundos, que llevó grandes confusiones al dere-



cho de propiedad y aún á la jurisdiccion de los gobiernos, y que sin duda alguna es causa muy principal de la oscuridad, en la historia, de los tiempos primitivos. Así es que vemos que en aquella época el hombre tomaba posesion de tierras situadas muy léjos de las suyas, en satisfacion de derechos adquiridos, y pagaba al mismo tiempo obligaciones cediendo otros terrenos colindantes á su propiedad, sin tener en cuenta que la conmutacion hubiera sido más conveniente y beneficiosa, para los contratantes, en la mayoría de los casos.

Por esa razon, Bebrix recibió de Ruscín todo lo que éste le debia, entregándole por separado nuevas riquezas por la dote de Valla. Segun costumbre, fueron éstas examinadas por el padre de la desposada, discutiéndose con detencion su calidad y valor. Despues de aceptadas é introducidas en el campamento de Ruscín, estaban terminadas las ceremonias del casamiento, y á los pocos momentos presentóse Bebrix, que fue ya recibido como el esposo de Valla.

Si este relato tuviera por objeto el examinar ó inquirir los incoherentes sentimientos que frecuentemente se apoderan del corazon humano, seria oportuno aquí reseñar la singular entrevista primera de la jóven que habia ántes despreciado á Bebrix, acojiéndolo despues amorosamente,

y del guerrero á quien no le inquietaba la desaparicion de su rival, ni se preocupaban sus celos con el recuerdo que el antiguo amante pudiera haber dejado en el corazon de su esposa. Pero es preciso decirlo: todo lo que hoy nos pareceria extraordinario y repugnante, no debia serlo en aquella época. El amor del alma al alma, en cuyo elevado sentimiento no influyen para nada las razones de ambicion ó conveniencia, puede decirse que no existia entre aquellos pueblos tan faltos de las primeras necesidades materiales. Valla no habia amado á Bebrix porque le habia visto pobre y porque no ejercia ninguna autoridad; pero tan luégo como esos motivos de preferencia se acumularon en la persona de Bebrix con mayor brillo que en la de Saron, arrastraron el amor de Valla á la mudanza, porque ellos eran los que lo habian inspirado. La moralizacion de la sociedad, esa gran conquista del cristianismo y de las artes liberales (entendiéndose que dicha moralizacion es en el sentido de que las artes y el cristianismo han hecho que se sobreponga el interes espiritual al interes físico), ha despertado en las almas necesidades de inteligencias y de simpatías que enlazan á los seres con relaciones enteramente nuevas y desconocidas, llegando á ser estrechísimas estas relaciones de sen-



timientos entre las personas que rinden culto al espíritu, despreciando con fé sublime los intereses del bienestar material que en otros tiempos dominaban.

Ninguna especie de turbacion ni embarazo experimentaron, pues, los dos jóvenes, y sucedióles, aunque por diferentes razones, lo mismo que hasta hace poco sucedia á esas mujeres de abolengo y nobleza hereditaria á quienes el necio orgullo de su nacimiento no les permitia comprender que se pudiera amar á un hombre que, en el supuesto de ellas, careciese de igual nobleza, aconteciendo descubrirse luégo que aquel mismo hombre, objeto de sus desprecios, descendia de una ilustre familia: este descubrimiento venia á ser un rayo de esplendente luz que iluminaba su razon, enalteciendo á sus ojos en aquel hombre las cualidades que hasta entónces habian pasado desapercibidas, y amaban sin reservas al que ántes habian rechazado porque daban su amor á una especie de *derecho de ser amado*.

Entre tanto los druidas, que hasta entónces habian demostrado gran entusiasmo en los preparativos de la guerra, se manifestaban despues algo desanimados y no apresuraban la marcha de los ejércitos. Aunque conocian las aparentes razones de Ambigat, y creian conveniente alejar del

país aquella exuberancia de poblacion, que ya era amenazadora y peligrosa, no se explicaban por qué motivo se habian dispensado á Bebrix tantos favores. Esto los tenia preocupados, y es indudable que algo serio y grave maquinaban, puesto que la vispera del dia en que las tropas debian ponerse en movimiento, resonaron por todo el ámbito de la Selva Sagrada siniestros ruidos que aterraron al pueblo celta. Ya hacia dos dias que los sacerdotes no se presentaban, y éste retraimiento tenia alarmados los ánimos. Los druidas, como todo poder que ejerce su autoridad al amparo de la fé, tenian pocas relaciones con las gentes; pero sin embargo, aquella extraña conducta en tales circunstancias habia tambien sorprendido é inquietaba al mismo rey Ambigat y á todos los jefes; en vista de lo cual se decidió el Monarca á hacer una nueva visita á Atax, que dió por resultado la variacion completa de la actitud de los druidas. Lo que debió decir Ambigat al Gran Sacerdote para obtener aquel éxito y lo que le ocultó, porque así convenia á sus designios, se referirá más adelante en la secreta y familiar conferencia que da término á este relato.

El dia de la marcha amaneció por fin, y la Selva Sagrada, cuya soledad y siniestros ruidos habian aterrado á los más intrépi-



dos y valerosos en los días anteriores, presentó el aspecto risueño del júbilo y del entusiasmo que animaba á sus venerables moradores. Torrentes de armonía religiosa invadían el espacio por todos los ámbitos del Bosque, y los cantares de mil bardos, acompañándose con sus arpas, precedían al tribunal de los druidas vaceres, que, ceñidas sus frentes con hojas secas de muérdago (1), recorrían la Selva en todas direcciones, anunciando que un reo sería inmolado en el altar de Teutates, ofreciéndosele al dios un sangriento sacrificio para interesarlo en favor de la guerra. Semejante noticia, circulada por todas partes, inundó de gozo á los celtas, que bajo el mando de sus respectivos jefes penetraron todos dentro del sagrado recinto á la caída de la tarde, y se fueron colocando alrededor de aquel cruento altar que iba á ser festejado con el obsequio de sangre humana. Todos ignoraban quién fuese la víctima; pero nadie procuró informarse de tan importante asunto: Bebrix, Ruscín y Valla estaban situados cerca de Ambigat y Elomare, siendo objetos de la más viva y atenta curiosidad.

(1) Planta del género viscoso, cuyas hojas tienen la figura de una lanza: los celtas las consideraban como un objeto sagrado, y en determinada época del año las recolectaban con ciertas solemnidades.— (N. del T.)

Cuando cerró completamente la noche, iluminóse de repente la Selva con numerosas antorchas, y empezó á salir de la parte más secreta y escondida del Sagrado Bosque una larga procesion de sacerdotes: rompían la marcha los bardos y trovadores, entonando himnos religiosos; seguían los saronidas, que eran los legisladores ordinarios de la nación en todos aquellos asuntos que no se sometían á la deliberación y fallo de las Asambleas jenerales; despues iban los vaceres, jueces mantenedores y fieles guardadores de las leyes, de continente venerable y severo, y sacerdotes particulares del dios Teutates, á la cabeza de los cuales caminaba Atax; y finalmente, cerraban la procesion los ejecutores de la justicia, custodiando al reo que debia ser inmolado.

Al resplandor de las antorchas, que en aquel momento derramaban sobre los objetos tanta luz como sombras, no se podia distinguir bien el rostro de la víctima, que caminaba con la cabeza inclinada sobre el pecho, en señal de abatimiento, por más que en la firmeza de sus pasos demostrase resolucion, enerjía y valor.

Ni Bebrix, ni Valla, ni Ruscín, embriagados como lo estaban con su propia dicha, no hubieran fijado tal vez su atencion en el reo, si en el momento de pasar éste



por delante de ellos no se hubiese detenido, alzando la frente y dirigiéndoles una mirada fieramente triste. Valla no pudo contener un movimiento de terror, y Ruscin, bajo el peso de aquella mirada y de su propio remordimiento, apartó la vista: solamente Bebrix sostuvo con serenidad y arrogancia la mirada de Saron.

Porque el reo era, en efecto, el desgraciado Saron, que, débil, sencillo y confiado, debía necesariamente sucumbir bajo el poder de aquellos hombres fuertes y astutos, é iba á sellar con su sangre y con su vida la justificación y la libertad de Ruscin.

Detúvose algunos momentos el infortunado jóven, y exclamó:

— ¡Oh tú, Ruscin, á quien he debido llamar mi padre, yo te saludo! No es ese el sitio que te corresponde ocupar: ve á colocarte sobre el altar de Teutates, puesto que por tí y no por aquella divinidad es por quien va á derramarse mi sangre.

Después, dirigiéndose á Valla, añadió:

— Valla, si de tu venturoso matrimonio nacieren hijos que no encierren corazones de acero en sus pechos de bronce, abégalos ántes de nacer, porque si llegasen á ser hombres, bien pudieran tropezar en el mundo con alguna Valla que goce viéndolos morir, y yo te juro que ese es un horrendo suplicio que debes evitarles, si eres

buena madre después de haber sido tan noble y fiel prometida.

En seguida que pronunció estas palabras tomó del suelo un puñado de tierra, que arrojó á Bebrix, diciéndole:

— En cuanto á tí, yo te evoco á la desgracia y á la muerte.

— Tus maldiciones y las desdichas de tus emplazamientos, respondió Bebrix, se estrellan ántes de llegar á mí para caer luégo á mis piés.

Bebrix se habia cubierto con su enorme escudo, y la tierra, sin tocar á su cuerpo ni un solo grano, chocó en el hierro y cayó al suelo. Esta circunstancia impresionó vivamente á cuantos presenciaban la escena, y todos se decían que Bebrix debía ser un hombre elegido por el cielo para llevar á cabo grandes empresas, triunfando siempre de todos sus enemigos.

La comitiva siguió su marcha hasta llegar á la estatua colosal y deforme en cuyo altar debía ejecutarse el sacrificio. Una vez allí, fué colocado Saron sobre las piedras de aquel monumento, y los verdugos le hirieron en la garganta con el acero sagrado, abriendo luégo su cuerpo en canal, para que los vaceres, inclinados alrededor de aquel tronco palpitante, pudiesen leer en las contracciones de sus entrañas los destinos de la nación. En ese libro san-



griente, donde clavaban ávidamente sus miradas, no se aprendía más sino lo que los sacerdotes querían leer. Y sin embargo, ya sea porque pretendieran ellos exajerar hasta ese punto las supercherías y las mistificaciones con que engañaban al pueblo, ó bien porque su propio fanatismo les hiciese creer en la posibilidad de descubrir el porvenir en las contracciones de un moribundo, es lo cierto que el exámen que practicaron fué muy detenido, y que debió preocuparles grandemente á juzgar por los debates que tuvieron entre sí.

Por último, estos vaticinios extremos y solemnes arrancados á la vida por la muerte, estos augurios de sangre que eran los que más agradaban á aquel pueblo fe-roz y sanguinario, se declararon favorables, y una nueva ceremonia sucedió á aquella. Consistía en el juramento que prestaban los celtas, ante el altar de Teutates, de no abjurar en país extranjero la religión de sus padres para abrazar otra nueva; jurando también al mismo tiempo no abandonar el cuerpo del soldado muerto en el campo de batalla; obligándose todos á quemarle en una hoguera con sus armas, sus caballos y sus más fieles esclavos (1).

(1) Esta costumbre de los celtas confirma hasta cierta

Quando terminó esta última ceremonia se retiraron los ejércitos con sus jefes á la cabeza, y al despuntar los albores del inmediato día abandonaban el país de Bourges, dividiéndose aquella muchedumbre en dos expediciones: la una se dirigió hácia el Rhin y la otra hácia los Alpes.

Bebrix marchaba á la cabeza de la primera.

Algunos días después aquel territorio, ocupado poco ántes con la plétora de más de quinientos mil hombres, era una inmensa mansión donde reinaba el reposo y el silencio. Entónces fué cuando Ambigat, orgulloso de la tranquilidad que gozaba su pueblo, refería á Vintex y á Elomare los detalles de su última entrevista con Atax.

— Sí, decía el Rey, le manifesté la verdad de todo lo que debía saber, y no creo que pueda acusárseme de falso y mentiro-

punto la general opinión de que todo principio de existencia viene del Oriente, por la semejanza y relación de los usos y creencias de los pueblos situados en el extremo occidental de Europa con los usos y religiones de muchos países del Asia menor y de la India; tales como la manera de pelear montados sobre carros; la horrible ceremonia de quemar los cuerpos de los difuntos arrojándose á la misma hoguera los deudos más preferidos en vida por su señor, y alimentando las llamas con los objetos de su servicio para que en el otro mundo no careciesen de lo indispensable; la práctica de prestar dinero á condición de que les fuese devuelto en la vida eterna, y otras muchas que sería prolijo enumerar. (N. del T.)



so si le oculté todo lo que debemos callar: le referí que por los informes que vosotros habiais adquirido, se sabía que Ruscín y que Saron venian á la Asamblea general con el deliberado propósito de oponerse á la declaracion de la guerra, y expuse á su consideracion los inmensos perjuicios que este disentimiento hubiera podido orijinar á nuestros proyectos, por la temible influencia que podian ejercer esos dos jefes, teniendo bajo sus mandos numerosos ejércitos: finalmente, le hice comprender que siendo la guerra para Bebrix su única esperanza y el único medio que tenía para salir de su oscuridad y pobreza, le habiamos encumbrado, asegurándonos así que los Tectósagos no fueran un obstáculo á nuestros planes.

— ¿Y fueron bastantes esas razones?, preguntó Elomare.

— Ignoro si habrán sido bastantes para persuadirlos completamente; pero al ménos lo fueron para que apresurasen la marcha de las tropas. Entre tanto á nosotros es á quienes toca prevenirnos contra las oscuras esperanzas que puedan haber conservado los druidas.

Y mudando ya la conversacion, preguntó el Rey:

— Y tú, Vintex, ¿has dado cima á tu empresa?

Vintex se inclinó hácia sus dos interlocutores, y bajando la voz, no por temor de que pudieran otros oidos sorprender su secreto, sino por esa costumbre de misterio que acompaña siempre á toda confianza, respondió:

— He llegado hasta esa hermosa ciudad de los Focenses, situada á orillas del mar (1), he penetrado en su recinto, y he prometido y asegurado á sus gobernadores y magistrados que conseguiriamos barrer de aquel país la exuberante y amenazadora aglomeracion de las tribus de Tectósagos que los rodean, siempre dispuestas á invadirlos y á molestarlos; y les expuse ademas que, despues de alejar á esas tribus con los jefes que dirijian las voluntades de aquellos pueblos, me sería fácil apoderarme de ellos y conquistar un puesto que ningun rival podria disputarme.

— ¿Y qué te han prometido ellos, preguntó Ambigat, por el permiso que les has de conceder para que introduzcan en esas comarcas los productos de su vastísimo comercio?

Vintex enumeró entónces las recompensas que obtendrian de los Focenses, por

(1) Marsella, fundada 600 años ántes de Jesucristo por una colonia de Griegos Focenses, que emigraron de su país despues que fueron derrotados por Harpago y por Filipo. (N. del T.)



el derecho que éstos adquirían de comerciar con los Celtas, cuya aversión á todo lo que era extranjero los había siempre aislado en el recinto de sus comarcas y de sus ciudades. Estas recompensas favorecían exclusivamente á Ambigat y á Vintex y consistían en cuantiosas sumas de dinero que debían serles pagadas anualmente, y además en numerosos donativos de todas clases.

Cuando Vintex concluyó de explicar todas esas ventajas, que parecían satisfacer también al mismo tiempo las intenciones y los deseos de Ambigat, fué interpelado á su vez por Elomare.

— ¿Has tenido ocasion de conocer á sus divinidades y á sus sacerdotes? le preguntó. ¿Has sido testigo, por ventura, de la pompa de sus fiestas y de sus sacrificios?

— Sí, por cierto, contestó Vintex, y no dudo que los Tectósagos, amantes de todo lo que es nuevo y sorprendente, preferirán bien pronto aquellos dioses indulgentes y bondadosos al dios terrible y sanguinario con que nuestros druidas los aterran de continuo.

La confianza se prolongó todavía un largo rato sobre esos dos extremos, y terminó con estas palabras de Ambigat:

— Al cabo de muchos años, y cuando la

vejez acaba con mi vida, veo al fin realizado el gran proyecto que tanto he meditado y preparado: Seré el primero que habré franqueado la Céltica á los pueblos que pueden libertarla de sus bárbaras y salvajes costumbres: he inferido la primera herida á ese ominoso poder de los druidas, que con criminal egoísmo guardan la ciencia para sí solos, teniendo á nuestros pueblos sumidos en la ignorancia para dominarlos más fácilmente. Es seguro, añadió, que ni vosotros ni yo hemos de ver el término de la fecunda lucha que va á comenzar, pero tenemos, al ménos, la gloria de haberla iniciado. Tal vez el mundo y la historia conozcan nuestros nombres sin que perezca su memoria oscura é ignorada, como lo está la existencia de estos pueblos bárbaros que no traspasa los límites de nuestras incultas rejiones.

FIN DE LA PRIMERA ÉPOCA.



---

## ÍNDICE.

---

	<u>Páginas.</u>
Dedicatoria. . . . .	5
Prólogo del Editor. . . . .	7
Primera época.— Los Celtas.— I. . .	9
II. . . . .	36
III. . . . .	67
IV. . . . .	113
V. . . . .	143
VI. . . . .	153

---



2

BIBLIOTECA UNIVERSAL.